LA METAMORFOSIS
Y OTROS RELATOS DE ANIMALES

Austral Singular

FRANZ KAFKA

LA METAMORFOSIS

Y OTROS RELATOS DE ANIMALES

Traducción y edición

Miguel Salmerón

ESPASA

LA METAMORFOSIS [1]

I

Una mañana, al despertar de sueños intranquilos, Gregor Samsa se encontró en su cama convertido en un monstruoso bicho. Estaba boca arriba, sobre la dura coraza de su caparazón, y, si levantaba un poco la cabeza, podía ver su abovedado vientre, marrón y dividido por surcos arqueados; sobre éste, la colcha apenas podía sostenerse y estaba a punto de deslizarse hasta el suelo. Sus muchas patas, patéticas en comparación a lo que habían sido sus piernas, se agitaban con impotencia ante sus ojos.

«¿Qué me ha sucedido?», pensó. Aquello no era un sueño. Su habitación, una digna habitación humana, tal vez sólo

---

[1] Escrito en el último trimestre de 1912 y editado en 1915 en la revista de Kurt Wolff *Der jüngste Tag* en doble número (22 y 23). Esta publicación tenía como objeto reunir lo más granado de la literatura expresionista del momento. Igualmente, el relato se publicó en 1915 en *Die weissen Blätter.* Kafka se propuso publicar «La metamorfosis» junto a «El fogonero» y «La condena» bajo el título *Söhne* (Hijos) o junto a «La condena» y «La colonia penitenciaria» bajo el título *Strafen* (Penas). Esto indica que para Kafka dichos relatos guardaban entre sí una relación temática y que su publicación conjunta podía constituir una unidad. Y como siempre quedan en cuanto a la interpretación preguntas abiertas: ¿Qué supone la metamorfosis de Gregor Samsa? ¿El castigo que ha de sufrir un parásito soñador por su inadaptación o el sustraerse al mundo del trabajo y su alienación de lo humano?

algo pequeña, seguía dentro de sus cuatro archiconocidas paredes. Por encima de la mesa, sobre la que estaba extendido un muestrario de tejidos —Samsa era representante—, colgaba una estampa que hacía poco había recortado de una revista ilustrada. Representaba a una dama tocada con un gorro de piel y envuelta en una boa de pieles. La dama estaba sentada muy erguida, de frente al espectador, y empuñaba un manguito, también de piel, tan grande que cubría todo su antebrazo.

La mirada de Gregor se dirigió hacia la ventana, y el cielo nublado —las gotas de lluvia retumbaban en la hojalata del alféizar— le hizo sentir melancolía. «¿Qué pasaría si siguiera durmiendo y me olvidara de todas estas locuras?», pensó; pero esto era absolutamente irrealizable, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho y su estado actual no le permitía adoptar esta postura. Por mucho que intentaba volverse de ese lado, siempre acababa tumbado de espaldas. Lo pudo intentar unas cien veces mientras cerraba los ojos para evitar ver el agitar de sus patas, pero sólo cejó en su propósito cuando empezó a sentir en el costado un ligero y sordo dolor que hasta entonces no había notado.

«¡Dios mío! —pensó—, ¡qué profesión más dura he escogido! Un día sí y otro también de viaje. La tensión es mucho mayor que cuando se tiene en casa un negocio familiar; además he de sufrir esa plaga de los viajes, los quebraderos de cabeza por los transbordos ferroviarios, las comidas irregulares y de baja calidad, y, a todo esto, un trato humano siempre cambiante, nunca duradero, que jamás llega a ser cordial. ¡Que se vaya todo al infierno!» Sintió un ligero picor en la parte superior de su vientre; se deslizó sobre su espalda hacia la cabecera de su cama para poder elevar mejor su cabeza y localizó el lugar de donde procedía el picor: estaba cubierto de puntos blancos cuya presencia no supo explicar; quiso palparlos con una pata, pero la apartó enseguida, pues el roce le produjo escalofríos.

Volvió a deslizarse hasta su posición anterior. «Levantarse temprano le vuelve a uno completamente idiota —pensó—. El hombre debe dormir lo que le hace falta. Otros representantes viven como hembras de harén. Cuando a media mañana vuelvo a la pensión a anotar los pedidos que he conseguido contratar, me los encuentro empezando a desayunar. Si yo le propusiera hacer eso a mi jefe, estaría de inmediato de patitas en la calle. Aunque quién sabe si eso no me convendría. Si no fuera por mis padres, hace tiempo que ya me habría despedido, me hubiera puesto delante del jefe y le habría dicho todo lo que pienso. ¡Se habría caído de su pedestal! También es curioso que le dé por subirse a un pedestal y hablar desde allá arriba a sus empleados, que encima tienen que acercarse a él por lo mal que oye. Bueno, todavía no he perdido del todo las esperanzas; una vez que haya reunido dinero para pagar la deuda de mis padres —para lo cual necesito todavía cinco o seis años— , lo haré, ¡vaya si lo haré! Entonces cortaré con todo. De todos modos, antes lo que debo es levantarme, pues mi tren sale a las cinco.»

Y miró al despertador, que hacía tictac encima del baúl. «Dios del Cielo», pensó. Eran las seis y media y las manecillas seguían avanzando; ya eran más de y media, casi menos cuarto. ¿Es que no había sonado el despertador? Desde la cama se veía que había sido bien puesto a las cuatro; seguro que había sonado. Pero, ¿era posible haber seguido durmiendo con aquel estruendo que hacía agitarse a los mismísimos muebles? No, su sueño no había sido tranquilo, pero tal vez por eso sí más profundo. «¿Qué podría hacer ahora?» El próximo tren salía a las siete; para cogerlo tendría que darse una prisa loca. El muestrario no estaba aún empaquetado y él no se sentía totalmente despejado y presto. Además, aunque alcanzase el tren, no se habría librado de la tormenta de improperios de su jefe, pues el encargado de la empresa, que le habría estado esperando junto al tren de las cinco, ya habría dado cuenta de su falta. El encargado era

una réplica del jefe, sin dignidad ni comprensión. ¿Y si decía que estaba enfermo? Esto sería extremadamente comprometido y sospechoso, pues durante sus cinco años de empleo no había enfermado ni una sola vez. Seguro que el jefe vendría con el médico del seguro, les reprocharía a sus padres el tener un hijo tan vago y zanjaría la cuestión remitiéndose a las indicaciones del médico, para el que sólo hay hombres sanos pero con aversión al trabajo. ¿Le faltaría en este caso razón? Gregor, aparte de padecer cierta somnolencia ociosa después de un largo sueño, se sentía muy bien y tenía mucha hambre.

Cuando pensaba en esto aceleradamente, sin decidirse a abandonar la cama —en el despertador daban las siete menos cuarto—, unos leves golpes sonaron en la puerta situada a la cabecera de su lecho.

—Gregor —se oyó; era su madre—, son las siete menos cuarto, ¿no tenías que irte?

¡Qué voz más suave! Gregor se asustó al escuchar la suya que contestaba; indudablemente era su voz de siempre, pero en ella, como viniendo de abajo, se mezclaba un irreprimible y doloroso silbido que sólo dejaba oír con claridad los comienzos de sus frases, pues el resto quedaba destrozado de tal forma, que no sabía si se habían podido escuchar. A Gregor le hubiera gustado contestar con detalle y haberlo explicado todo, pero en esas circunstancias se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias, mamá. Ya me levanto.

Tal vez la puerta de madera hizo que no se notara la modificación en la voz de Gregor, pues la madre se contentó con estas palabras y se apartó de allí. Pero la pequeña conversación había hecho que los otros miembros de la familia advirtieran que, sorprendentemente, Gregor aún seguía en casa, y, en una de las puertas laterales, el padre, golpeando levemente, pero con el puño, exclamó:

—Gregor, Gregor, ¿qué esta ocurriendo?

Después de un rato volvió a insistir con voz más grave.

—¡Gregor, Gregor!

En la otra puerta sonaba con un tono dulcemente preocupado la voz de su hermana.

—¡Gregor!, ¿no estás bien? ¿Necesitas algo?

—Ya estoy listo —respondió a ambos lados, aplicándose en la pronunciación y haciendo largas pausas para evitar que en su voz se notara algo raro. El padre volvió a su desayuno, pero su hermana susurró.

—Abre, Gregor, te lo ruego.

Pero Gregor no pensaba abrir, y se congratulaba de la costumbre, que por precaución había adquirido en los viajes, de encerrarse en su habitación, incluso en su propia casa.

Lo primero que tenía que hacer era levantarse, tranquilo y sin prisas, vestirse y, ante todo, desayunar, y sólo entonces, pensar en lo demás; estaba claro que en la cama sus pensamientos no le llevarían a ninguna conclusión. Recordaba haber sentido otras veces ese ligero dolor, tal vez producido por haber dormido en mala postura, y que luego al levantarse se revelaba como un mero constructo de su imaginación, y ahora sentía curiosidad por cómo se disiparían sus ensoñaciones de hoy. No dudaba lo más mínimo de que la modificación de su voz no era nada más que un síntoma temprano de un resfriado en toda la regla, enfermedad profesional de los viajantes de comercio.

Desembarazarse de la colcha fue muy sencillo; tan sólo necesitó hinchar un poco el pecho y ésta cayó por sí misma. Pero por otra parte resultó complicado, pues era singularmente ancha. Para incorporarse hubiera tenido que utilizar sus brazos y sus piernas, pero, en lugar de éstos, sólo contaba con múltiples patitas que seguían realizando ininterrumpidamente los más variados movimientos que, por lo demás, él no sabía controlar. Si quería doblar una, ésta era la primera que se estiraba; cuando al fin conseguía hacer lo que quería con esa pata, todas las demás se accionaban li-

bremente, con vivacidad y produciéndole dolor. «No hay que ser perezoso en la cama», dijo para sí Gregor.

En primer lugar quiso salir de la cama con ayuda de la parte inferior de su cuerpo, pero esta parte inferior, que, por cierto, no había visto todavía y de la cual no había podido hacerse una imagen muy clara, se reveló muy poco móvil. ¡Era tan lenta! Finalmente, cuando casi se había vuelto loco, se lanzó con todas sus fuerzas hacia delante. Pero había escogido mal la dirección y se golpeó fuertemente contra los pies de la cama; el ardiente dolor que sintió le indicaba que la parte inferior de su cuerpo era, precisamente, la más sensible.

Por lo tanto, intentó salir de la cama con la parte superior y giró con precaución la cabeza hacia el borde del lecho. Esto lo consiguió con facilidad y, a pesar de su anchura y su peso, la masa de su cuerpo secundó el giro de su cabeza; pero cuando finalmente ésta sobresalió por fuera de la cama y estaba suspendida en el aire, tuvo miedo de seguir avanzando de esa manera, pues si se dejaba caer así, tendría que ocurrir un milagro para no herirse la cabeza. Y, a toda costa, no quería ahora perder el sentido; prefirió quedarse tumbado.

Sin embargo, una vez que tras idénticos esfuerzos y jadeando, se encontró en la misma posición y volvió a ver sus patitas luchando entre sí aún con mayor ardor —si es que esto era posible—, se supo incapaz de poner paz y orden en aquel desbarajuste y decidió que no podía quedarse en la cama y que lo más razonable era arriesgarlo todo, aunque sólo tuviera una mínima esperanza de salir de ella. Pero al mismo tiempo, no olvidó que el razonamiento tranquilo, incluso el extremadamente tranquilo, es mucho mejor que las decisiones desesperadas. Orientó entonces su mirada hacia la ventana, pero, por desgracia, poca confianza y vitalidad se podía obtener de la visión de la niebla matinal, que incluso ocultaba la otra acera de la calle. «Ya son las siete

—se dijo al oír de nuevo el despertador—, ya son las siete y todavía con esta niebla.» Durante un rato permaneció tranquilamente echado y con una respiración relajada, como si de aquella completa calma esperara la vuelta de las circunstancias reales y normales.

Entonces se dijo: «Antes de que den las siete y cuarto, tengo que haberme levantado. Seguro que, entretanto, viene alguien de la empresa para preguntar por mí, pues abren antes de las siete». Y se dispuso a dejar caer de la cama su cuerpo, cuan largo era. Si lo hacía de esta manera, la cabeza, que movería hacia arriba en la caída, no sufriría herida alguna. La espalda parecía dura y probablemente no le ocurriría nada al caer, amortiguada por la alfombra. La mayor reticencia la tenía por el fuerte estrépito que iba a hacer y que, detrás de cada puerta, provocaría, si no miedo, sí preocupación.

Cuando la mitad del cuerpo de Gregor estaba fuera de la cama —el nuevo método era más un juego que un esfuerzo, sólo tenía que balancearse sobre su espalda—, pensó lo fácil que habría sido si alguien le hubiera ayudado. Dos personas robustas —pensaba en su padre y en la criada— hubieran bastado: habrían deslizado sus brazos por debajo de su abombada espalda, lo habrían sacado del lecho, se habrían inclinado con su carga y después le habrían permitido estirarse en el suelo, donde era de suponer que las patas empezarían a desempeñar su función. Pero ahora, aparte del hecho de que las puertas estaban cerradas, ¿le convenía pedir ayuda? A pesar de sus agobios, no pudo reprimir una sonrisa al pensarlo.

Había llegado a un punto en el que con un balanceo algo más fuerte apenas podría mantener el equilibrio —y tenía que decidirse pronto porque dentro de cinco minutos serían las siete y cuarto—, cuando llamaron a la puerta de su casa. «Seguro que es alguien del trabajo», se dijo, y casi se quedó paralizado mientras sus piernas danzaban todavía con mayor

rapidez. Durante un momento todo permaneció en calma. «No abren», pensó Gregor aferrado a cierta débil esperanza. Pero luego, la criada se dirigió con paso firme a la puerta y abrió. A Gregor sólo le hizo falta oír el primer saludo del visitante para saber quién era: el gerente en persona. ¿Por qué precisamente Gregor estaba condenado a trabajar en una empresa en la que la más mínima falta provocaba la mayor de las sospechas? ¿Es que todos los empleados eran canalla? ¿No había entre ellos ninguna persona de fiar que, por haberle tomado a la empresa dos horas de una mañana, se volviera loco de remordimiento y, precisamente por eso, no estuviera en condiciones de dejar la cama? ¿No bastaba con mandar un aprendiz para preguntar, si es que, por otra parte, era necesario hacerlo? ¿Tenía que venir el gerente en persona para mostrarle a la pobre familia que la investigación de este sospechoso caso sólo podía confiarse a su buen entendimiento?

Más a consecuencia de la excitación que le produjeron estos pensamientos que de una auténtica decisión, Gregor se cayó de la cama con todo su peso. Hubo un fuerte golpe, pero no estrépito propiamente dicho: la caída fue ligeramente amortiguada por la alfombra, además la espalda era más elástica de lo que había pensado, por lo que su impacto dio lugar a un ruido sordo no especialmente llamativo; sólo que no había tenido suficiente precaución con la cabeza y se había dado un golpe en ella. La giró y la frotó contra la alfombra lleno de disgusto y dolor.

—Ahí dentro se ha caído algo —dijo el gerente en la habitación contigua de la izquierda.

Gregor intentó imaginarse que al gerente le ocurriera algo parecido a lo que le había ocurrido a él hoy. Pero como cruda respuesta a esta pregunta, el gerente dio un par de pasos decididos e hizo crujir sus botas de charol. En la habitación de la derecha, la hermana susurró para advertir a Gregor:

—Gregor, el gerente esta aquí.

—Ya lo sé —dijo Gregor para sí, pero no se atrevió a levantar la voz como para que lo oyera su hermana.

—Gregor —dijo el padre desde el cuarto de la izquierda—, el señor gerente ha venido y quiere saber por qué no has tomado el primer tren. No sabemos qué decirle. Además, él quiere hablar contigo personalmente. Así que abre la puerta, el señor tendrá la bondad de disculpar el desorden.

—Buenos días, señor Samsa— dijo amablemente el gerente.

—Algo le pasa —le dijo la madre al gerente, mientras el padre seguía hablando en la puerta—, algo le pasa. ¿Cómo podría Gregor haber perdido un tren? El muchacho no tiene en su cabeza otra cosa que la empresa. Si casi me enfado porque no salga ninguna noche. Ahora ha estado aquí ocho días, pues bien, no ha salido ni una noche de casa. Se sienta a la mesa tranquilamente con nosotros, lee tranquilamente el periódico o se estudia los horarios de los trenes. Su única diversión es hacer trabajos de marquetería. Por ejemplo, a lo largo de dos o tres tardes ha tallado un pequeño marco; se sorprenderá al ver lo bonito que es; cuelga en el cuarto, lo verá ahora cuando Gregor abra. Además, me alegro que haya venido usted, señor gerente, sin su ayuda no hubiéramos conseguido que Gregor abriera la puerta; es tan testarudo; seguro que le pasa algo, aunque esta mañana decía que no.

—Enseguida voy —dijo Gregor lenta y cautelosamente, sin hacer ni un leve movimiento para no perderse una sola palabra de la conversación.

—Yo tampoco puedo explicármelo de otra manera, buena señora —dijo el gerente—, espero que no sea nada grave. Aunque también debo decir que, desgraciadamente, los comerciantes, mirando por nuestro negocio, hemos de sobreponernos frecuentemente a leves malestares.

—¿Entonces, puede pasar ya el señor gerente? —preguntó el impaciente padre golpeando la puerta.

—No —dijo Gregor.

En la habitación de la izquierda se hizo un penoso silencio; en la habitación de la derecha la hermana empezó a sollozar.

¿Por qué no iba su hermana con los otros? Seguro que se acababa de levantar y aún no había empezado a vestirse. ¿Y por qué lloraba? ¿Porque él no se levantaba y no dejaba entrar al gerente, porque ponía en peligro su puesto de trabajo y porque entonces el jefe volvería a perseguir a sus padres con las exigencias de antes? Sin embargo, por el momento, eso era preocuparse gratuitamente. Gregor todavía estaba allí y no había pensado ni por un instante abandonar a su familia. De momento estaba sobre la alfombra, y nadie que supiera de su estado actual le hubiera podido exigir seriamente que dejara pasar al gerente. Además, Gregor no podía ser despedido por esa pequeña incorreción, para la que ya encontraría más tarde una excusa adecuada, y le pareció que ahora era mucho más sensato dejarle en paz, en vez de importunarlo con llantos y charlas. Mas, aquella incertidumbre que acosaba a los otros disculpaba su comportamiento.

—Señor Samsa —llamó entonces el gerente levantando la voz—, ¿qué ocurre? Se parapeta usted en su habitación, se limita a contestar síes y noes, preocupa usted grave e innecesariamente a sus padres y abandona sus obligaciones, aprovecho para decir, de forma realmente inaudita. Le hablo en nombre de sus padres y de su jefe y le pido muy en serio una explicación clara e inmediata. Me deja atónito; me deja atónito. Lo tomaba a usted por un hombre sereno y razonable. El jefe me sugirió esta mañana una posible explicación para su falta, concerniente al cobro que se le encargó hace poco, y yo casi empeñé mi palabra de honor por usted diciendo que esa explicación no podía ser cierta. Pero ahora, al ver su incomprensible pasividad, pierdo las ganas de exponerme por usted. Digamos que su posición no es precisamente la más sólida. Tenía al principio la intención de decirle esto en privado, pero como me está haciendo perder

el tiempo inútilmente, no sé por qué sus padres no van a saberlo. Su rendimiento en los últimos tiempos ha dejado mucho que desear; sabemos que ésta no es la estación indicada para hacer este tipo de negocios, pero no hay estación en la que no se hagan negocios.

—Pero, señor gerente —gritó Gregor fuera de sí cuando, en su excitación, olvidó todo lo demás—. Me levantaré inmediatamente. Un ligero malestar y un mareo me han impedido hacerlo. Todavía estoy acostado, pero ya me he repuesto. En este preciso instante he salido de la cama. Tan sólo le pido que tenga un minuto de paciencia. La cosa no va como yo pensaba. Ya estoy mejor. ¿Cómo puede haberme ocurrido esto? Ayer me sentía muy bien, mis padres lo sabían, o quizá ayer ya tenía un pequeño presentimiento; mis padres tendrían que habérmelo notado. ¿Por qué no lo habré dicho en el trabajo? Pero siempre piensa uno que podrá superar la enfermedad sin necesidad de quedarse en casa. Señor gerente, no le haga usted esos reproches a mis padres, no hay razón para ello, nadie me ha dicho nada. Tal vez no ha leído usted los últimos pedidos que he contratado. Por cierto, viajaré en el tren de las ocho, estas dos horas de sueño me han fortalecido. No se entretenga más, señor gerente, enseguida iré a la empresa, y hágame el favor de presentar mis respetos al señor director.

Y mientras Gregor desembuchaba esto precipitadamente, sin apenas saber lo que estaba diciendo, se había acercado con facilidad al baúl gracias a la práctica que había conseguido en la cama, e intentaba levantarse apoyándose en él. Quería abrir la puerta, dejarse ver y hablar con el gerente. Sentía una enorme curiosidad por saber qué dirían al verle todos los que tanto reclamaban su presencia. Si se asustaban, Gregor ya no tendría ninguna responsabilidad y podría estar tranquilo. Si lo asumían con serenidad, tampoco tendría ningún motivo de intranquilidad y, si se apresuraba, podría estar a las ocho en la estación. Al principio resbaló un

par de veces sobre la lisa superficie del baúl, pero finalmente, de un impulso, consiguió ponerse en pie. Ya no le preocupaban los dolores en la parte inferior de su cuerpo, aunque ésta le ardía. Entonces se dejó caer sobre el respaldo de una silla cercana a cuyos bordes se agarró fuertemente con sus patitas. De esta manera obtuvo el dominio sobre sí mismo y dejó de hablar; ahora podía al fin escuchar al gerente.

—¿Han logrado ustedes entender una palabra? —preguntó el gerente a sus padres—, ¿se estará burlando de nosotros?

—Por Dios —exclamó la madre, que ya había roto a llorar—, tal vez esté muy enfermo y nosotros lo estamos atormentando—. ¡Grete!, ¡Grete!— gritó.

—¿Mamá? —dijo su hermana desde el otro lado; se hablaban a través de la habitación de Gregor.

—Tienes que ir a llamar inmediatamente a un médico. Gregor está enfermo. ¿Has notado como hablaba?

—Era una voz de animal —dijo el gerente en un tono notoriamente bajo en relación con los gritos de la madre.

—Anna, Anna —dijo dando palmadas el padre, cuya voz procedía del vestíbulo e iba dirigida a la cocina—, traiga inmediatamente aquí a un cerrajero.

Y ya se oía el rumor de las faldas de las dos muchachas cruzando el recibidor y percibió cómo abrían la puerta —¿cómo podría haberse vestido su hermana con tanta rapidez?—. Sin embargo no hubo ningún sonido de cierre de puertas. Tal vez las habían dejado abiertas, como suele pasar en las casas donde ha ocurrido una gran desgracia.

Por el contrario, Gregor estaba mucho más tranquilo. Ya no se comprendían sus palabras, pero a él le habían parecido suficientemente claras, mucho más claras que antes, tal vez porque se le había acostumbrado el oído. Aun así, se sabía que algo no iba bien con él y se le quería ayudar. La resolución y la seguridad con la que se tomaron las primeras deci-

siones le agradaron. Se creía incluido de nuevo en el círculo de los humanos y esperaba de ambos, del médico y del cerrajero, sin distinguirlos con precisión, importantes y sorprendentes acciones. Y para poder hablar con la mayor claridad posible en las decisivas conversaciones que iban a tener lugar, carraspeó un poco, aunque se esforzó en hacerlo con suavidad, pues quizá este sonido fuera diferente al de una tos humana, algo que él ya no se sentía capaz de distinguir. En la habitación contigua se había hecho un silencio absoluto. Tal vez los padres se habían sentado a la mesa y cuchicheaban, tal vez estaban todos apoyados a la puerta, escuchando.

Gregor se acercó con la silla a la puerta; la dejó allí; se lanzó contra la puerta y se quedó como pegado a ella —los extremos de sus patas despedían cierta sustancia adhesiva— y descansó allí un rato del esfuerzo. Entonces se dispuso a hacer girar con su boca la llave de la cerradura. Desafortunadamente parecía que no tenía dientes —¿cómo podría aferrarse a la llave?—, sin embargo, sus mandíbulas eran muy fuertes y con ayuda de éstas consiguió mover la llave sin atender a que probablemente se estaba causando cierta lesión, pues un fluido marrón empezó a salirle por la boca, a chorrear por la llave y a gotear hacia el suelo.

—Escuchen —dijo el gerente desde el cuarto contiguo—, está haciendo girar la llave.

Esto supuso un gran estímulo para Gregor, pero todos debían haberle gritado, el padre y la madre también, «Adelante, Gregor, ¡vamos!, ¡duro con la llave!». E, imaginándose que todos sus esfuerzos iban siendo seguidos con expectación, mordió la llave sin reparar en nada y con todas sus fuerzas. Y a medida que sus giros progresaban, él se colgaba de la cerradura, sosteniéndose sólo con la boca, o, si lo necesitaba, se quedaba suspendido de la llave haciendo presión con todo el peso de su cuerpo. El sonido del cerrojo que al fin se descorría, y era más agudo, le hizo volver a Gregor

completamente en sí. Respirando hondo, se dijo: «Bueno, no ha hecho falta el cerrajero», y apoyó la cabeza en el picaporte para abrir del todo la puerta.

Pero el hacerlo de esta manera hizo que, aunque la puerta estuviese ya casi completamente abierta, a él no se le pudiera ver todavía. Tuvo que girar hacia la otra hoja de la puerta, y todo ello con mucho cuidado, pues podía caer de espaldas a la entrada de la habitación. Estaba aún realizando este difícil movimiento, sin poder atender a otra cosa, cuando oyó cómo el gerente exhalaba un fuerte «¡Oh!» que pareció un silbido del viento; y entonces lo vio: era el que estaba más cerca de la puerta; apretaba su mano contra su boca abierta y retrocedía lentamente, como si una fuerza invisible lo impulsara. La madre, que a pesar de la presencia del gerente seguía con el pelo revuelto de la noche, encrespado, juntó las manos, miró primero al padre, dio un par de pasos en dirección a Gregor y cayó sobre el centro de su falda con el rostro hundido en el pecho, escondiéndolo, sin que nadie pudiera encontrarlo. El padre cerró su puño con expresión agresiva, como si quisiera hacer retroceder a Gregor hacia su habitación; luego se volvió con inseguridad mirando en dirección al salón, se cubrió los ojos con las manos y empezó a llorar con tal desgarró que su fuerte pecho le temblaba.

Gregor no llegó pues a penetrar en el otro cuarto; desde su habitación permaneció apoyado en la hoja cerrada de la puerta, de manera que sólo se podía ver la mitad de su cuerpo, con la cabeza inclinada a un lado y espiando con ella a los otros. Entretanto había ido amaneciendo, la claridad hacía que al otro lado de la calle se viera parte de la casa que estaba enfrente, cuya fachada de color marrón grisáceo era interminable y estaba bruscamente quebrada por ventanas dispuestas regularmente; la lluvia seguía cayendo, pero con gotas que se veían una a una y una a una caían. Sobre la mesa había gran cantidad de cubiertos de desayuno, pues

para el padre el desayuno era la comida más importante del día, que él prolongaba durante varias horas con la lectura de distintos periódicos. Precisamente, de la pared de enfrente colgaba una foto de la época del servicio militar de Gregor, que con su grado de teniente, la mano en el sable y una sonrisa despreocupada, exigía respeto para su postura y uniforme. La puerta que daba al recibidor estaba abierta y la puerta de entrada a la casa, también abierta, dejaba ver el vestíbulo y el comienzo de la escalera que llevaba abajo.

—Bueno —dijo Gregor, consciente de que era el único que había conservado la calma— me vestiré ahora mismo, recogeré el catálogo y me marcharé. ¿Permitirá que me vaya? Bien, señor gerente, yo no soy testarudo y soy buen trabajador; viajar es penoso, pero no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va usted, señor gerente? ¿A la empresa? ¿Sí? ¿Contará lo ocurrido con todo detalle? Durante un instante puede uno sentirse incapaz de trabajar, pero luego uno se acuerda de lo bien que se trabajaba antes y sabe que, después de la superación de los obstáculos, trabajará con mayor denuedo y concentración. Tengo mucho que agradecerle al señor director, ya lo sabe usted. Además tengo la responsabilidad de mis padres y de mi hermana. Estoy en un aprieto, pero saldré de él. No me ponga las cosas más difíciles de lo que están. Defiéndame en la empresa. Ya sé que no se valora al viajante. Se piensa que ganan una fortuna y que disfrutan de una buena vida. Nadie se toma el más mínimo tiempo en ver si este prejuicio es cierto. Usted, señor gerente, tiene una visión sobre las circunstancias más amplia que el resto del personal, incluso mejor que la del propio jefe, que como empresario tiende a errar juzgando negativamente a sus empleados. Usted sabe bien que el viajante, que se pasa casi todo el año fuera del negocio, llega a ser con mucha facilidad víctima de la charlatanería, del azar y de quejas infundadas, contra las que le es imposible defenderse, pues no llega a enterarse de ellas; y sólo cuando, agotado, ha acabado un

trabajo, sufre en casa las peores consecuencias, cuyas causas apenas puede determinar. Señor gerente, no se vaya sin decirme una palabra que me dé al menos una pequeña parte de la razón.

Pero, ya desde la primera palabra de Gregor, el gerente se había dado la vuelta y sólo lo miraba por encima de sus hombros encogidos, con una mueca en los labios. Y mientras Gregor hablaba, no había podido detenerse ni un solo instante y se había ido acercando a la puerta sin perder de vista a Gregor, pero lo había hecho poco a poco, como si existiera una secreta prohibición de abandonar la casa. Ya estaba en el recibidor, y por el súbito movimiento con el que su pie salió del cuarto de estar se hubiera podido pensar que se le había quemado la planta. En el recibidor extendió su mano derecha apuntando en dirección a la escalera, como si allí le esperase una salvación ultraterrena.

Gregor comprendió que de ninguna manera podría dejar marchar al gerente en esas circunstancias sin que su situación en la empresa se viera extremadamente comprometida. Los padres no comprendían esto muy bien; durante largos años se habían convencido de que Gregor tenía asegurado para siempre un puesto en aquella empresa; además, con las preocupaciones del momento, no podían hacer previsiones. Pero Gregor, sí. Había que interceptar al gerente, tranquilizarlo, convencerlo y, por último, ganarlo para la propia causa; el futuro de Gregor y de su familia dependía de ello. ¡Si al menos su hermana hubiera estado allí! Ella era lista; ya había llorado cuando Gregor estaba tranquilamente tumbado sobre su espalda. Y seguro que el gerente, tan amigo de galanterías, se hubiera dejado convencer por ella; ella hubiera cerrado la puerta de la casa y le habría quitado el susto en el recibidor. Pero era precisamente su hermana la que no estaba allí; Gregor tenía que actuar por sí mismo. Y sin pensar en que todavía no conocía en absoluto sus actuales capacidades de movimiento, sin pensar en que, posiblemente, o más

bien probablemente, su discurso no sería entendido, se deslizó por la abertura, quiso acercarse al gerente que, en posición ridícula, se agarraba firmemente con ambas manos a la barandilla del vestíbulo. Pero Gregor enseguida cayó, emitiendo un pequeño grito y buscando apoyo en sus muchas patitas. Apenas sucedió esto, sintió un bienestar corporal por primera vez en aquella mañana: había suelo firme bajo sus patitas y éstas obedecían completamente, como pudo comprobar para su alivio; intentaban conducirle hacia donde él quería y eso le hizo creer que ya estaba próximo el remedio de todos sus males. Pero, en ese mismo momento, cuando Gregor intentaba contener el balanceo de sus movimientos a no mucha distancia de su madre, ésta, que parecía hundida, dio un brinco con los brazos en alto y los dedos extendidos y gritó: «¡Socorro, por amor de Dios, socorro!». Tenía la cabeza inclinada, como si quisiera ver mejor a Gregor, pero en contra de esto, se alejó de él despavorida, olvidando que detrás de ella estaba la mesa puesta; al llegar a ésta se sentó precipitadamente y no pareció notar que, a su lado, la gran cafetera empezaba a verter café, que caía a chorros sobre la alfombra.

—Madre, madre —dijo tenuemente Gregor, mirándola desde abajo.

Por un instante se olvidó completamente del gerente. Pero, ante la caída del café sobre el suelo, no pudo reprimir un movimiento de mandíbulas en el vacío. Al ver esto, su madre volvió a gritar, se alejó de la mesa y cayó en los brazos del padre, que ya estaban prestos a recogerla. A pesar de lo ocurrido, Gregor no tenía en este momento tiempo para fijarse en sus padres: el gerente estaba ya en la escalera, tenía la barbilla apoyada en la baranda y miró por última vez hacia atrás. Gregor tomó impulso para asegurarse de que lo alcanzaría. El gerente debió presentirlo, pues dio un salto que le hizo bajar varios escalones y huyó; eso sí, lanzó un gritó que resonó en toda la escalera. Desgraciadamente la fuga del gerente pareció sacar de sus casillas al padre, quien

hasta ese momento se había comportado muy sensatamente, y en lugar de seguir al gerente o, al menos, no impedir la persecución de Gregor, tomó con la mano derecha el bastón que había dejado el gerente en el sillón junto a su sombrero y su abrigo, tomó con la mano izquierda un periódico de gran tamaño de la mesa y, golpeando el pie contra el suelo y agitando el bastón y el periódico, hizo retroceder a Gregor hasta su habitación. Ningún ruego de Gregor surtió efecto, ninguno de ellos fue entendido, porque cuanto más bajaba él la cabeza en actitud suplicante, con más fuerza golpeaba el pie del padre en el suelo.

Más atrás, la madre, a pesar del frío, abría la vantana del salón y, asomando gran parte de su cuerpo por ella, se tapaba la cara con sus manos. Entre el callejón y la escalera de la casa se hizo una fuerte corriente: los visillos ondearon, los periódicos que estaban sobre la mesa empezaron a agitarse y algunas hojas sueltas se esparcieron por el suelo. Inexorablemente, el padre, dando silbidos como un salvaje, le hizo retirarse. Como Gregor no tenía práctica en andar hacia atrás, iba realmente muy despacio. Si hubiera podido darse la vuelta, enseguida habría estado en su habitación, pero temía que el tiempo empleado para realizar el giro pudiera impacientar a su padre, y cada instante sentía la amenaza de un golpe mortal del bastón en la espalda o en la cabeza.

Al final, al darse cuenta con horror de que andando de espaldas no podía mantener la dirección, a Gregor no le quedó otro remedio y, con incesantes miradas de reojo al padre, dio el giro lo más rápido que pudo, aunque de hecho muy despacio. Quizá el padre advirtiera sus buenos propósitos, porque no lo molestó en su maniobra, sino que, con la punta del bastón, dirigió desde lejos cada paso de su movimiento giratorio. ¡Si por lo menos el padre dejara de hacer aquel silbido! Éste volvía loco a Gregor.

Casi había terminado de girar cuando, sin dejar de oír el silbido, se confundió y retrocedió un tramo. Cuando por fin,

y felizmente, su cabeza estaba ya junto a la entrada de la puerta, quedó de manifiesto que su cuerpo era demasiado grueso para pasar sin más. Naturalmente, al padre, tal y como se encontraba, no se le ocurrió abrir la otra hoja de la puerta para hacerle a Gregor espacio suficiente para entrar. Su única obsesión era que estuviera en el dormitorio lo antes posible. Nunca hubiera permitido que transcurriera el tiempo necesario para que Gregor hiciera sus preparativos y, de esa manera, llegara a pasar. Lo que hizo fue empujarle, haciendo más ruido, como si no hubiera ningún obstáculo delante. Detrás de Gregor ya no sonaba la voz de un padre; aquello no era para tomarlo a broma y, sin reparar en las consecuencias, Gregor se abalanzó contra la puerta. Uno de los lados de su cuerpo se elevó y se quedó atravesado en el umbral. Este costado estaba seriamente herido; en la puerta blanca habían quedado unas horribles manchas. Pronto se detuvo. Ya no parecía poder valerse por sí solo, pues mientras las patitas de un lado se movían temblorosas en el aire, las otras habían sido dolorosamente aplastadas contra el suelo. De repente, el padre le dio un fuerte golpe, que supuso una auténtica liberación y le precipitó en su habitación, sangrando abundantemente. La puerta fue cerrada con ayuda del bastón y, finalmente, reinó el silencio.

II

Sólo cuando ya atardecía, Gregor despertó de su pesado sueño, que más se había parecido a un desmayo. Seguro que no habría tardado en despertar por sí mismo, pues se sentía suficientemente descansado, pero parece ser que le habían despertado unos andares a hurtadillas y un cauteloso cerrarse de la puerta del recibidor. El brillo del tendido eléctrico de la calle era pálido y se reflejaba por aquí y por allá en el techo de la habitación y en partes del mobiliario, pero a la altura